

LA VIDA EN ROJO

VERÓNICA LANGER

No hallarás otra tierra ni otra mar.

La ciudad irá en ti siempre.

Konstantino Kavafis

*La reconstrucción se asemeja a un rompecabezas, cuyas
piezas no encajan sin costura. Es ahí precisamente, en las
grietas del cuadro, donde hay que detenerse.*

Hans Magnus Enzenberger

*A quién lo ha perdido todo fácilmente le sucede perderse
a sí mismo.*

Primo Levi

*Al pasar, lee sus nombres. Tu memoria es su única
sepultura.*

Memorial a los once mil niños franceses asesinados
en Auschwitz, en el 19 Distrito, en París.

*Como si ese origen fuera una gran valija que tuviéramos
que cargar toda nuestra vida. Una gran valija llena de
viejos manuscritos escritos en una letra incomprensible.*

Santiago Amigorena

A mis padres, Mimi y Max, por sus silencios
y sus palabras.
A Alejandro Andrii, mi nieto.

Índice

Los tiempos del imperio	13
Los hermanos	15
Regina, el tifón de la China	27
Trapeando el piso	45
Grete	62
Querido padre	76
Grete y Steinach	97
 Entreguerras	 109
Lis	111
Amistad	119
El futuro	130
El médico	140
Recién casados	149
La Viena Roja	157
Insurrección	165
Una noche loca	179
Actuación	188
El caballo de Troya	216
Días de radio	234
La redada	247
La decisión	262
De vuelta	274
Días inciertos	289

Anestesia	301
Demasiado bueno	323
Irse	347
Otoño	349
Barcelona era una fiesta	369
Nos vamos	401
Despedida	421
Miedo	444
El libro	456
El silencio	467
Sobrevivir	477
Nota de la autora	497
Agradecimientos	499

Los tiempos del imperio

Los hermanos

Una golondrina anunció la primavera. Floreció el narciso y, con los primeros rayos de sol, los hermanos olvidaron los largos meses de frío. Se les hacía tarde por salir al bosque. Se miraron un instante.

—¿Vamos? —susurró Max.

Y ya estaban en la puerta. La madre alcanzó a gritar:

—¡Tráiganme leña!

Rápidos, fueron al granero donde se apilaba y la pusieron junto al fogón para secarla.

—¡Los espero a comer!

—¡Voy con ustedes! —dijo Rivke, la chiquita, con un pie afuera.

—Quédate —dijo la madre.

La niña volteó a verla y no le gustó el color gris de su cara.

—Sí, mamá — contestó resignada—. ¡Tráiganme fresas!

Aunque Max y Alfred ya estaban doblando la esquina, pudieron escucharla. Atravesaron el pequeño barrio judío de Raudniz Aus Maren, una aldea más de Bohemia que, sin embargo, en 1882 se distinguía por su torre alta y la paz que se respiraba. Se dirigieron al bosque.

Max Kramer era cuatro años mayor que su hermano, pero esa diferencia no impedía que se la pasaran muy bien juntos. Alfred, de ocho, se desvivía por hacer lo mismo

que él, aunque no siempre lo lograba. Tregar hasta la rama más alta era uno de los mayores retos. Alfred se frustraba porque sus piernas no eran lo suficientemente largas para subir sin la ayuda de Max. Ya crecería. Pero de algunas cosas podía enorgullecerse. Por ejemplo, cuando encontraba una piedra bien lisita la hacía rebotar hasta ocho veces en el río, haciendo círculos en el agua mansa.

Cuando el calor se hacía insoportable, los hermanos —juntos como siempre— caminaban hasta el Elba, torrenoso. Marchaban por la orilla y asustaban a los patos que huían haciendo escándalo. Después, entre risa y risa, se quitaban la ropa para zambullirse en el agua fresca. Qué delicia. Se dejaban llevar por la corriente y, al salir, se sacudían como cachorros.

Pero un día no pudieron encontrar ese claro en la orilla donde habían dejado la ropa y tuvieron que esperar a que pasaran unos pescadores en un bote para pedirles que fueran a buscar a su madre. Ella llegó agitada con mudas limpias y muerta de risa, pero puso cara seria. Se hizo la enojada, aunque no dejó de contar la anécdota a quien quiso escucharla. Por darles una lección, no los dejó salir a pastorear por un tiempo. Ellos se quedaron en casa, sin protestar, más para cuidarla que otra cosa, porque su madre se estaba apagando.

En cuanto pasó el tiempo del castigo volvieron a salir, el campo los llamaba. Pero Max ya no era el mismo, ahora también estaba interesado en asuntos serios. *¿Qué puede haber más importante que nadar en el río?*, pensaba Alfred.

Es que Max ya iba al yéder —la escuela para los jóvenes del Rabinato de Esseg— en ese rincón de Bohemia olvidado por el emperador Francisco José que, para 1883

llevaba ya treinta y cinco largos años en el poder. El muchacho se pasaba las horas encerrado con otros chicos estudiando la Torá, mientras Alfred permanecía en casa para ayudar a su padre. Era bueno con las cuentas y la caligrafía; también traía leños, le daba de comer a las gallinas mientras contaba los minutos para que Max regresara. Pero al volver, cuando Alfred quería jugar, a su hermano le había dado por decir cosas muy extrañas y el más pequeño lo escuchaba, desconcertado.

—Está muy bien hacer equilibrio en una pierna, pero al mismo tiempo hay que dejar que la mente trabaje.

—Si pienso en otra cosa y no miro dónde pongo el pie me voy a caer —protestaba Alfred.

—No es tan difícil —decía Max, en el papel del maestro—. Repaso de ayer. A ver, responde: si el hombre es semejante a Dios, ¿en qué se diferencian ambos?

Alfred trató de concentrarse en la respuesta mientras apoyaba su pie derecho en la rodilla izquierda:

—No sé.

—¿Te repito la pregunta? Hablamos de eso ayer, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Es que Él... Él... está sentado en un trono sublime y el hombre es de polvo.

—¡Bravo! Si tu mente es libre, tu cuerpo lo será.

Al tiempo, Max continuó sus estudios en la yeshivá y las preguntas se complicaron. O llegaban en los momentos más inoportunos. Por ejemplo, arreglando las tejas del vecino para ganarse algunos pesos. Las lluvias de otoño estaban próximas, los árboles empezaban a enrojecer y los aromas perfumaban el aire. Su *mame* los había dejado el último verano y, en señal de duelo, ellos traían las vesti-

duras rasgadas. En casa quedaban Rivke, su hermana de mejillas rojas como ciruelas, y el padre, severo.

Por un momento, Alfred se tendió sobre el techo —un adolescente desgarbado y flaco— para que el sol lo acariciara. Se incorporó con el fin de desenvolver su escasa merienda, unas tortas de trigo. Las había conseguido en la panadería porque le hacían recordar a su madre y hoy la extrañaba. Repentinamente, Max cayó sobre él para arrebatárselas, mientras preguntaba:

—Para los griegos antiguos, el mundo es la naturaleza. ¿Y para los judíos, *Nu*? ¿Lo sabes?

Alfred no estaba de humor, más bien traía una lágrima atravesada en la garganta, y como respuesta se puso a trabajar.

—Pásame el martillo —lo increpó.

—Se ve buena tu comida. —contestó Max a punto de hincarle el diente.

—Por favor, no...

—Entonces dime, ¿cuál es el mundo para los judíos?

—Tú ya lo sabes, ¿para qué me preguntas? Está bien, es el hombre, y la naturaleza es el escenario de sus acciones.

—Lindo chico —contestó Max, lanzándole la torta envuelta en papel—. ¡Buen provecho! Yo sé que te gusta la *yeshivá* aunque protestes, allí vas a aprender a ser un buen judío.

Alfred dudaba. Él soñaba con escribir. De hecho, a escondidas de su hermano, tenía un cuadernito donde le cantaba a los árboles y a alguna muchacha con olor a mañana. Él no quería quedarse para siempre en la aldea y soñaba con ir a la universidad en Viena, la capital del imperio. De sólo pronunciar su nombre, se le cortaba el aire.

En eso estaba, cuando algo rodó hasta los pies de Elías, el dueño del techo, quien volteó a verlos:

—¿Qué es todo ese escándalo? Cuiden las tejas, que están contadas. Las que falten se las cobro.

Les dio un ataque de risa a los dos, ahí trepados. De repente, a lo lejos, se escuchó el silbato del tren. Alfred volteó, soñador, en esa dirección, y lo vio en la lejanía, pero no dijo nada.

Un día pasó por la aldea un buhonero, él se acercó a preguntarle si vendía tinta. Mientras la buscaba, el hombre miró a ambos lados y dijo susurrando:

—Tengo el *Fausto* de Goethe, ¿te interesa?

El corazón le dio un vuelco. ¿Sería capaz de leer en alemán? Tal vez sí, era tan parecido al *yiddish*, decían... Por suerte, su padre le había enseñado el alfabeto latino cuando le ayudaba en los negocios con los gentiles. No lo pensó más. Después de comprar el libro, lo escondió entre su ropa, no lo fuera a encontrar Max.

Por la noche, su hermano se quedó dormido; la visita al tejado de Elías lo había agotado. Alfred abrió el libro con sigilo. Al principio se le dificultó la lengua extraña, pero rápidamente empezó a comprender. ¡Un hombre que vende su alma al diablo para trascender! Dos placeres desconocidos comenzaron a nacerle adentro: el amor al conocimiento y la atracción por lo prohibido. Estaba creciendo.

Leyó mientras duró la vela. Así empezó a hacerlo todas las noches. A Max dejó de parecerle extraño y se dormía como un tronco en cuanto ponía la cabeza sobre la almohada. Alfred se despertaba con ojos de lechuza. Una vez al mes regresaba el buhonero con alguna novedad. Así,

Alfred logró hacerse de una pequeña biblioteca de libros usados que escondía bajo la cama: los *Cuentos de Grimm* le divirtieron; *Nathan el sabio* de Lessing lo dejó pensando; los poemas de Heine le sacaron algunas lágrimas.

Cuando desayunaban, el padre siempre tenía algo para contar. Explicaba, por ejemplo, cómo se había sancionado una ley que, ¡por fin!, permitía a los judíos asentarse. *Ya era hora*, decía, *el siglo XIX pronto toca a su fin*. Sin embargo, no en todas partes era así, agregaba susurrando con angustia acerca de los pogromos ocurridos en lugares no tan lejanos. También les leía alguna carta de un pariente que estaba viviendo en la pacífica Argentina. *¿Dónde es eso?*, se preguntaba Alfred. *¿Sería en el mismo imperio? ¿El austro-húngaro?* Mientras, afuera los gallos parecían darle la bienvenida al nuevo día. Al fondo, Rivke escuchaba, lavando la loza, sin perder palabra. Después de la partida de su madre, le había tocado el duro papel de ama de la casa, pero no se quejaba, siempre atenta a sus dos tesoros: Max y Alfred. A su corta edad, sabía, resignada, que su destino era el matrimonio. *¿Había otro?*

Ya sin la presencia materna, en la casa no entraba nadie. El padre se concentraba en su negocio de granos; Rivke hacía el quehacer; Max estudiaba y Alfred andaba por todas partes. Un día llegó su padre apurado y le dijo a Rivke que pusiera un plato más en la mesa.

—¿Quién viene? —quiso saber Alfred, intrigado.

—Es Mosche, tu tío, el hermano de tu madre.

Llegó como un torbellino. Su risa fue lo primero que entró por la puerta y sacudió las paredes adormecidas por el luto de tantos meses; el cuerpo robusto llenó la sala. Esos ojos azules lo penetraban todo. Se detuvo un instante

a contemplar a la pequeña familia que se había quedado sin su faro de luz y a la casa que parecía pintada en blanco y negro. Ellos lo observaban, arrobados. Para romper el silencio, se puso a hablar sin parar.

Contó que era obrero en la capital y que allá las cosas se estaban poniendo difíciles. La explotación era insoponible. Apasionado, habló de los grupos socialistas que se estaban organizando y explicó con vehemencia que él estaba a favor de un partido judío independiente. Su posición era básicamente *bundista*. A Alfred se le agrandaron los ojos escuchándolo.

—¿Qué es el *Bund*? —preguntó intrigado.

—Yo no estoy de acuerdo con los asimilacionistas —continuó Mosche.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Alfred.

—Deja en paz a tu tío —dijo su padre.

—No me molesta —respondió Mosche haciéndole un guiño a Alfred—. Así sabrá lo que le espera cuando llegue a la capital.

Alfred se puso rojo. ¿Cómo sabía tanto de él ese recién llegado tío?

—Él no se va a ir a Viena —farfulló su padre—. Aquí hay mucho trabajo.

—No te enojés, cuñado —lo calmó Mosche.

Alfred sintió que, al fin, podría contarle a alguien lo que le pasaba. Su padre lo observó y él esquivó la mirada, pero insistió con la pregunta a su tío.

—¿Entonces?

—Te explico —dijo Moshe—. El *Bund* es un partido defensor de los derechos civiles de los judíos. Es ruso, pero sus ideas han llegado hasta el Imperio austrohúngaro y

queremos unirnos al movimiento Social Demócrata. Lee, para que te enteres.

Arrojó sobre la mesa un ejemplar del *Di arbeytershtimme*. Alfred se abalanzó sobre él, nunca había visto un periódico y susurró:

—8 de julio de 1887. ¡Eso fue ayer! *Tiempo de los trabajadores*. ¿Así se llama?

Todo era muy emocionante. Mientras, su tío seguía hablando. Criticaba tanto a los que querían integrarse a la sociedad, como a los sionistas; corriente que en su opinión expresaba los intereses de la burguesía judía. Volteó a ver a Alfred y soltó otra risotada.

—Ya entenderás cuando llegues a la capital y tomarás tu propia posición. —Su cuñado le echó otra mirada fulminante—. Digo, si es que vas alguna vez.

Alfred no podía soltar el diario de sus sudorosas manos y parecía querer tragarse las palabras allí escritas. El tío se quedó mirándolo y soltó otra risotada:

—Puedes guardártelo si quieres.

Alfred dio un salto para darle un beso que casi tumba al tío de la silla y todos se rieron, menos el padre, que meneó la cabeza. Nada bueno iba a salir de ese encuentro.

—Gracias, tío. Pero antes dime, ¿quién escribe todo esto?

—Se llaman periodistas. Ellos cuentan lo que pasa en el mundo. —Mosche comenzó a despedirse mientras se ponía el abrigo—. Tengo reunión en el sindicato y ya se ha hecho tarde. Me esperan en el pueblo. Al terminar, un carro me llevará de vuelta a Viena.

—Te acompaño —dijo Alfred, poniéndose algo encima a las apuradas.

—Tú te quedas en casa —dijo el padre—. Hace frío y mañana hay que levantarse temprano.

Mosche se despidió de todos. Cuando le llegó el turno a Alfred, le dio un pellizco en la cara.

—Nos vemos pronto —le susurró y, sin que los demás se dieran cuenta, le dio una tarjeta de presentación que el muchacho guardó apurado.

Alfred se dirigió a su cuarto, apretando sus nuevos tesoros. *Mosche Resnik, periodista*, leyó en el pedacito de cartón. La cabeza le dio vueltas. Sin dudarlo, cambió lo que estaba leyendo por ese diario que le quemaba en las manos. Tenía que apurarse, al día siguiente empezaba Pésaj y las lecturas no estaban permitidas. Cuando entró a la habitación, encontró a Max hurgando debajo de la cama. *Oi gewalt* —Dios mío—, pensó Alfred, *ya descubrió mis libros*.

—¿Qué buscas? Yo te ayudo.

—Una moneda que traía en el bolsillo, no la encuentro.

Alfred casi le da un empujón para hacer a un lado a su hermano.

—¿Y ahora? ¿Qué escondes ahí?

Bastó que se asomara un poco para encontrar sus tesoros. Uno a uno los fue revisando. Alfred se quedó sin habla. Max también. Se metió en la cama y se durmió como un tronco, igual que siempre. Alfred se quedó sentado rodeado de sus libros; el periódico en la mano, esperando a ser leído.

¿Qué había pensado su hermano de sus lecturas? El rabino probablemente lo habría reprobado. Su padre también. ¿Pero Max? Alfred se secó una lágrima. Se paró resuelto, no le iba a dar más vueltas. En realidad, llevaba

mucho pensándolo. Se puso a empacar. No tenía gran cosa. Dos mudas de ropa, su abrigo de lana, unos pantalones. Lo más pesado, los libros, entre los que estaba la Biblia que le había regalado su padre. Escribió apurado una nota que iba a dejar en la mesa del desayuno. *Querida familia...*, empezaba.

Justo cuando estaba a punto de poner un pie fuera del cuarto, Max habló en sueños. Se quedó mirándolo. Recordó cuando perdieron su ropa en la laguna, o se trepaban a los árboles, o arreglaron las tejas del vecino. Decidió despertarlo. No podía irse así, sin decir nada. Se acercó a tocarlo.

—¿Qué pasa, Alfred? —dijo Max, las palabras enredadas con los sueños—. Sigue durmiendo, está oscuro todavía. —De repente, notó que estaba vestido—. ¿Adónde vas?

—A Viena —contestó el chico, tirándole una camisa limpia—. ¿Vamos?

—¿Qué locura es esa? Además, en *Pésaj* no podemos viajar.

—Eso a Dios no le importa, estoy seguro.

Max le dio la espalda.

—Yo no me voy a ningún lado.

Alfred, decidido, empezó a sacar la ropa de su hermano del pequeño ropero blanco. Le arrojó unas medias de lana a la espalda.

—¡Viena! ¿Te imaginas? Caminar por las avenidas, pasear por la Ringstrasse, el Prater... Las muchachas tan bonitas, vestidas de domingo.

—Deja mi ropa en paz. Voy a avisarle a papá, por lo menos dale la cara.

Alfred se asustó. Una cosa era huir en medio de la noche; otra, decirle a su padre. Peor todavía, a Rivke, su hermana, tan cariñosa siempre. Se sintió cobarde.

—Por favor, no le hables. Si le dices, no me voy a ir. Y quiero ser periodista.

Ahora fue Max quien movió la cabeza.

—No fue bueno que el tío Mosche viniera a visitarnos. Te llenó de ideas.

Alfred se sentó a su lado.

—Él sólo le puso nombre a lo que hace tiempo ando buscando. Quiero contar lo que pasa en el mundo; quiero hablar del miedo a los pogromos; de los que, huyendo, se van a América; de la explotación en las grandes ciudades, y de tantas cosas que todavía no conozco, pero de las que seguro voy a querer escribir.

—De veras estás loco —contestó Max—. Déjame dormir.

Volteado hacia la pared, tenía los ojos abiertos.

—Yo no quiero dedicarme a los negocios. Ni estar todo el día estudiando la Torá. Ni quedarme atrapado en esta aldea. ¿Tú sí? El mundo es tan grande. Vamos —rogó Alfred—, acompáñame. Los que se quedan a esperar están más locos que yo.

—¿Esperar qué?

La pregunta quedó flotando en el aire.

—En fin, haz lo que quieras. Yo me voy antes de que despierte papá.

Alfred volteó a verlo una última vez. Max sentado en la cama, habló.

—Cuando el hombre toma decisiones hace sufrir a los demás.

Alfred contestó, rápido, ya con la lengua afilada.

—Pero si no las tomara, la rueda del mundo se detendría. Si nos vamos, haremos sufrir a Rivke y a papá. Si nos quedamos, la vida se estanca.

Max se levantó despacio. Tomó un libro, un peine, alguna ropa, en silencio. Alfred lo miró hacer. Por sorpresa, de un fuerte abrazo lo tiró sobre la cama y soltó un grito.

—Shhhhh —alcanzó a decir Max—. Los vas a despertar.

Antes de salir, Max volteó a despedirse de su cuarto.

—Con la identidad, Dios le da al hombre libertad. ¿Y qué le ofrece con ella?

Alfred susurró:

—El pecado.

Afuera ya estaban los gallos cantando.

Regina, el tifón de la China

Regina estornudó, sentada en una banca del Volksgarten, y el estornudo se le mezcló con las lágrimas. No soportaba el polvo y Viena estaba de cabeza. Había que tirarlo todo, hasta las viejas murallas medievales. Ése era el deseo del Emperador Francisco José: construir una ciudad a su imagen y semejanza en un imperio que prometía ser eterno. Una ciudad reinventada al interior de un anillo: la Ringstrasse. Allí estaban el Parlamento, la Ópera, el Ayuntamiento y vivían los representantes del imperio, la alta burguesía, la nobleza y los judíos más ricos, ya asimilados.

En 1887 todavía no concluía la obra magna, aunque a Regina eso no le afectaba porque su familia no tenía casa en la Ringstrasse, sino en Leopoldstadt, el barrio judío. Su padre no renegaba de su origen, al contrario, y Regina ya se sabía de memoria la cantinela: “Llegamos con una mano atrás y otra adelante”. Con su caftán negro y atrincherado, su padre había hecho fortuna comprando y vendiendo. Mientras, la madre preparaba el ajuar para la muchacha, entusiasmada: “Algún día... va a hacer falta”, decía.

Ya estaba en edad de casarse, tenía dieciséis años, y después de mucho buscar con la casamentera, finalmente, encontraron un candidato. Aunque ella no tenía derecho a contradecir la voluntad sagrada de sus mayores, el día que iban a presentarle a su futuro novio, un impulso desconocido la obligó a salir corriendo, al galope como un

caballo. No hubo quien la alcanzara. Con la boca seca, se sentó agitada en una banca de Volksgarten, el jardín del pueblo. Algunos volteaban a verla, no era normal que una muchacha de su edad anduviera sola en la calle. Más inusual una chica decente, bonita, de vestido blanco y cuello cerrado. A ella no le importaron las miradas inquisitivas y junto con los estornudos se le juntaron las lágrimas y se puso a llorar un rato, por todo, por nada.

¿Por qué era su destino conformarse con la voluntad del padre? Sabía que acabaría casándose tarde o temprano, que tendría hijos y que sería una señora digna como su madre. Pero no así, no. En sus sueños veía a un hombre, pero encontrarlo era un imposible. Ese pensamiento volvió incontenible su llanto. Una señora con un perrito le preguntó si le pasaba algo, un niño se acercó a consolarla y alguien le alcanzó un pañuelo. Con los ojos nublados, se sonó estruendosamente, hipando. Una risa la distrajo de su pena.

—Ya no llore, señorita. O siga si quiere, igual se ve bonita.

Hasta entonces volteó a verlo. Bigote espeso, sombrero alto para compensar su altura. No tenía nada que ver con el que la visitaba antes de dormir, pero le cayó simpático. Como mago, de la galera sacó un chocolate.

—Gracias —fue su corta respuesta.

—Leopold Hauser, *enchanté*.

Con torpe galantería besó su mano, la invitó a ponerse de pie y a ella le hizo gracia su falta de elegancia. Se secó las lágrimas y recorrieron despacio el jardín. Ella se pringó los dedos con un algodón de azúcar, loca por los dulces. Al despedirse, él le dijo:

—Creo que ya nos conocemos bastante. Me gustaría hablar con su padre.

Sin duda es un hombre práctico, pensó Regina y sonrió.

A los dos días estaba tocando a la puerta de su casa, en lo más intrincado del barrio, para pedir su mano. Por horas discutieron la dote, porque para que un hombre quisiera casarse con una mujer, no bastaba con ser hermosa, comportarse en sociedad y bailar el vals o tocar el piano. Había que pagar. Así que Regina era el botín. Leopold proponía, el padre regateaba. Madre e hija esperaron afuera bordando el ajuar. Unas fundas, un camisón largo. De las manos húmedas de la muchacha cayó varias veces la aguja.

Pegó la oreja a la puerta. Escuchaba pedazos de conversación. Se enteró de que Leopold también venía de una aldea lejana y que su familia vivía en un carro comprando y vendiendo. Judíos errantes. Pero él quería asentarse y hacer fortuna, por eso había venido a Viena, la ciudad de las oportunidades. Regina respiró aliviada. Empezaron a hablar más bajo y ella dejó de oír, frustrada, hasta que sonó estruendosa una risotada. Qué alivio, se habían arreglado. La madre sacó las copas de Bohemia y brindaron los cuatro. El padre le dio un beso en la frente y ella se sintió halagada. Leopold la sorprendió con una nalgada.

Se casaron. Él le propuso quedarse en el barrio, era más barato. Ella se negó, indignada, quería más: una casa. No. Un palacio, eso quería. Y ser la reina. *Por algo me llamo Regina*, pensaba. Le habría gustado que se mudaran al majestuoso Ring, la parte más bonita de la ciudad, la más elegante. Pero se tuvo que conformar con su palacio frente al Prater, el hermoso parque. Tampoco estaba mal. El Hausser Palais, así llamaron al enorme edificio de cinco pisos.

Se entendieron bien. Él tenía pasión por los caballos, ella era como una yegua desbocada. Él le ponía freno y ella se dejaba. Le gustaban las cosas y él se las daba. Unos chocolates, un pañuelo de seda, un collar.

No sabía ni por qué, pero él le hacía caso. Sólo a ella. Acumuló fortunas, compró minas, astilleros, caballos. Con que diera una orden con su voz calmada, bastaba. La gente tenía miedo de su marido. Ella no. Y él le obedecía.

Un día, llegó la madre a visitarla.

—Hija, estoy preocupada.

—¿De qué, madre?

—Ya ha pasado más de un año desde tu boda y no te has embarazado. Deberías ir al doctor.

Regina asintió, ella también estaba preocupada. Sin dilación, pidió cita con el ginecólogo. Nerviosa se puso una bata y se acostó en la camilla, el frío metal atravesándola:

—Tranquila —dijo el doctor—, no le va a pasar nada. ¿Por qué tan nerviosa?

—Me da vergüenza.

—Haga de cuenta que soy su marido.

—Disculpe, pero allí donde está poniendo ese aparato horrible, nunca me ha tocado.

En efecto, Leopold se acostaba primero; ella se ponía en el vestidor el camisón blanco bordado por su madre. Él se quedaba mirándola, se retorció el bigote, apagaba su habano y le daba en la frente el beso de las buenas noches.

El doctor la miró sin entender:

—Señora, ¿sabe usted cómo se hacen los bebés?

Su explicación de París y la cigüeña no lo convenció. Y en ese momento, cuando Regina pensó que le iba a de-

cir que se vistiera, el doctor le dijo que era sólo un instante, que no se levantara. El bisturí brilló en su mano. Regina no tuvo tiempo ni de preguntarle qué iba a hacer, cuando ya estaba dando un grito.

—Lo que no hizo su marido lo hice yo. Ahora va a ser más fácil. Vístase; la espero en mi oficina para explicarle cómo se hacen los niños.

Sorbiéndose los mocos, por dolor o humillación, se vistió como pudo. No encontraba ni su ropa. La enfermera, consternada, le pasó un paño para que detuviera la sangre. Ella le pidió que le ayudara con el corsé. Su cara en el espejo no era la mejor. Acomodó su pelo como pudo, se pellizcó las mejillas pálidas. Estaba furiosa.

No me va a ver llorando, pensó.

—El doctor quiere verla —susurró la enfermera, dirigiéndola por un pasillo.

Regina respiró hondo. Allí estaba muy orondo, envuelto en el humo de su pipa.

—Se ve muy guapa, señora. Ahora ya puedo llamarla así, porque hasta hoy era usted señorita. Para todo hay una primera vez, *madame*. Espero no haberla lastimado. Su marido lo habría hecho mejor, pero se ve que es tímido.

Regina lo miró con coraje.

—No se enoje conmigo, ya va a poder tener bebés, deje a su esposo hacer su trabajo.

Tuvo ganas de tirarle por la cabeza el pisapapeles verde de Murano que estaba sobre el escritorio. Pero se aguantó y le dio las gracias. Cuando llegó a casa, Leopold la estaba esperando a cenar con una copa de vino y una sonrisa, muy peinado. ¿Leopold tímido?

Después de ese día cambiaron las cosas. Regina entendió lo que tenía que hacer. Los hijos llegaron rápido, siete. Todos corriendo por ahí. Se le enredaban entre las piernas y más de una vez la tiraron al piso. Hilde, Steffie, Anton, Susy, Grete, Lily y Gusti. Al principio Leopold se retorció el bigote antes de meterse a la cama y ella lo esperaba entre encajes. Después se le fue olvidando. Entonces Regina arregló un cuarto para ella; con el puro le volvía su vieja alergia, le decía para molestarlo. El cuarto era hermoso, de paredes tapizadas con brocado rojo, y ella lo esperaba, casi siempre en vano.

No seas dramática, se dijo un día, *a otras les ha ido peor*, y se puso a hacer la lista del mercado. Era primavera y las cerezas estaban en su mejor momento. Del frutero rebo-sante, tomó una que se deshizo en su boca. Comió otra y otra. El sabor dulce la llevó a ese día amargo....

Leopold acababa de llegar del despacho, se sentó junto a ella, se retorció el bigote y señalando las cerezas casi negras, abrió la boca, coqueto, para que ella le diera una. Mientras masticaba, se soltó a hablar, feliz. Le habían dado la concesión de los tranvías de Viena que, a partir de ese momento, serían jalados por sus caballos. Ella corrió a abrazarlo, orgullosa: había sido su idea. Abrieron una botella de champagne y brindaron. Él, generoso, susurró en su oído, tomándola de la cintura:

—Gracias.

Tener caballos era poder y, a los dos, el poder les gustaba.

—Te lo dije —respondió ella, triunfante.

Después, hicieron el amor porque a él los negocios lo excitaban. Esa noche, engendraron a Gusti, el más pequeño

de sus hijos y también el más débil, y se quedaron hablando, envueltos en la nube del cigarro, como otras veces. Ella escuchaba atenta y también opinaba. Pero esa vez había sido muy especial y se atrevió a pedirle lo que siempre había deseado: trabajar en la empresa, a su lado, pero él soltó la carcajada.

—Me vas a traer mala suerte —dijo—. Además, en la casa hay mucho que hacer.

—Sí, claro, muy importante como arreglar el cuarto de los niños, planear unas vacaciones, cambiar el tapiz de la sala, organizar beneficencias para el asilo judío. Sin armar alboroto, le dio un beso en la frente y se fue a dormir a su cuarto, tragándose la rabia.

—Quédate conmigo —dijo él tendiéndole la mano—. Me haces falta.

—Roncas —dijo ella, y se internó en el pasillo con ganas de venganza.

Después de esa ocasión, sus encuentros fueron más y más distantes. Ella, enojada, se desquitaba con los hijos quienes, a raíz de eso, la bautizaron como “el tifón de la China” por imprevisible y violenta. Él, en cambio, sin enterarse de nada, llegaba a cenar a la larga mesa, muy bien puesta, cada cubierto, cada copa en su lugar. La campanita de plata sonando y los platillos, deliciosos.

Los días se sucedían iguales, uno tras otro. Leopold salía todas las mañanas, muy perfumado, a dar una vuelta a caballo por el Prater. Iba galopando hasta el fondo, donde está la Lusthaus —la vivienda de verano del emperador— y volvía. Él y su caballo Flamingo llegaban transpirando. Dos horas tardaba esa cabalgata. Los miércoles, tres; *qué*

casualidad, pensaba Regina. Él inventaba algún pretexto: *Me encontré a un amigo*. Pero ella sabía que el amigo tenía nombre de mujer.

Un día, cuando los últimos rayos de sol apenas se deslizaban entre los árboles, Leopold anunció:

—Voy a dar otra vuelta hoy.

¿Dos vueltas? Qué raro. Regina lo miró incrédula, pero no quiso explotar su enojo. Lo esperó una hora, dos, tres. Fue a su habitación y lentamente se puso un corsé negro debajo del vestido. Cuando él llegó, acalorado, ella lo estaba esperando con una copa de champán en la mano. La mesa de encaje tendida, quesos y caviar. Él se acercó, un poco achispado, y le dijo:

—Qué bien se ve. ¡Tengo hambre!

Cómo no va a estar hambriento después del revolcón, pensó ella. Le hizo la seña de que se sentara; como si fuera un caballero, le indicó su silla:

—Usted primero, señora, por favor.

Pero Regina no estaba para juegos. Tocó la campanita y trajeron el resto: uvas, un quiche. Un arenque para recordar los orígenes. Él comió como un tigre. Ella no probó bocado, nada más lo observaba. Cuando él se estaba limpiando los bigotes con la servilleta, quitó lentamente el último plato y se sentó sobre la mesa, en el mismo lugar de la vajilla. Puso su mano donde aquella vez había entrado el doctor con su bisturí.

—Te falta el postre —le dijo.

—Regina, (reina, Regina), comí demasiado. Estoy un poco borracho...

—Ven, ven.

Y se lo fue llevando... a su cuarto, su habitación de brocados rojos, en la que él casi nunca entraba. Él se rio el día que el decorador terminó de arreglarla:

—Parece el cuarto de una casa de citas —dijo entre carcajadas. Cómo lo odiaba a veces. No pudo evitar preguntarse si conocía muchas casas de esa índole. Pero ahora su comentario le venía como anillo al dedo.

—Aquí está tu *cocotte* —le dijo, quitándose suavemente el vestido.

Él se tiró, torpe, sobre ella, aunque no pudo. Entre el alcohol, la comida y quien sabe qué chica, se le complicaron las cosas. Pero valiente, lo intentó.

—No puedo —murmuró, dándose por vencido.

—No te preocupes, a todos les pasa alguna vez.

A él le inquietó su comentario.

—¿Quiénes son todos?

—Es una manera de hablar, nada más. Eso dicen mis amigas.

—¿Qué amigas? ¿Y ese corsé negro? No te lo había visto.

De repente, estaba celoso y no podía. Había logrado humillarlo. El poder también se ejerce en la cama. Regina se volteó hacia la pared, sin contestar; él se fue a su cuarto sin decir palabra. El plato de la venganza se come frío, dicen.

Después de eso, las cosas no cambiaron. Como buen vienes, se acostaba con ella siempre el mismo día, a la misma hora, una vez por semana. Después, la semana se convirtió en meses, los meses en años. Seguía demorándose en sus paseos a caballo, la sopa se enfriaba en la mesa y ella le decía al servicio, dándose aires de importancia:

—El señor tuvo una reunión hoy. Como sola.

Sola. La palabra empezó a retumbar en sus oídos. Sus hijos, los quería, sí, pero le fastidiaban sus peleas, sus carteros interminables, sus clases especiales. Ella quería más, lo quería todo. Pero parecía que el mundo le quedaba chico y ya se lo había acabado. Nada le interesaba. Se entusiasmó un poco cuando Hilde, Steffie y Susy se casaron. Ahora le tocó a ella organizar las bodas, preparar el ajuar. Pero ya no bordaba y ellas tampoco. Se divirtió un rato comprando vestidos de novia, organizando despedidas de soltera, casamientos gigantes. Leopold lo disfrutaba: arreglar la dote, ser el anfitrión, el patriarca que bailaba el vals, para después entregar su tesoro. A esas tres las casó bien, finalmente *también así se hacen los negocios*, decía, *qué tiene de malo*. Sólo Grete y Lily se le andaban quedando.

Cada una por sus particulares razones. Grete andaba siempre con uno de sus libros entre las manos, leyendo novelas románticas. *Sólo me voy a casar enamorada*, decía. *El amor viene después*, le contestaba su madre, dudando en secreto de sus propias palabras.

Lily, con la cabeza siempre en las nubes, pegada a su piano, no parecía interesada. En efecto, *¿quién quiere casarse?*, pensaba Lily. Ana Magdalena Bach la llevaba a la infancia; los tres movimientos de *Claro de Luna*, a su adolescencia. Le aplaudían tanto cuando tocaba en las reuniones, por deseo de Leopold que la miraba de lejos, retorciéndose el bigote. Liszt la hacía sentirse libre, sus dedos volaban sobre el teclado.

Cuando había fiesta en el enorme salón, subía a regañadientes. No es que no le gustara tener público, pero el piano era para ella, sobre todo, un placer solitario. Una

noche, en alguna de esas reuniones, sintió una mirada, su mirada. No quiso prestarle atención, pero penetraba. A la hora de agradecer los aplausos, no pudo evitar ver al fondo al hombre que la observaba.

Al día siguiente, su madre irrumpió en su cuarto con dos boletos en la mano:

—Zelig Meyer nos invita a un concierto mañana en la Ópera.

—¿Quién?

—¿No lo viste? Estaba ayer. Lo tienes que haber notado, te aplaudió a rabiar, de pie.

Ab, ése era, pensó, pero no dijo nada.

— En el programa está el Concierto en Do Menor de Schumann.

Uno de sus favoritos. Pese a sí misma, se sintió súbitamente entusiasmada, pero dijo en su tono más displicente:

—No quiero ir, estoy cansada.

Su madre la miró fijamente:

—Mañana devuelvo los boletos con el chofer.

Cerró la puerta y se quedó rumiando en silencio su negativa. *¿Cómo dijo que se llamaba? Zelig. Qué nombre ridículo. ¿Por qué lo tenía que conocer?, ¿porque al fin alguien la admiraba?* Regresó a las teclas y a volar con ellas. Que rodara el mundo mientras la música se escurriera de entre sus dedos.

Sin embargo, sintió una punzada de frustración: había dejado pasar una oportunidad de ir a la Ópera, su lugar sagrado. Adoraba todo el ritual: esperar el acceso en el *foyer*, el rumor de las conversaciones, el sonar de copas y las risas de esa colmena humana; subir la hermosa escalinata,

los candiles bien altos. Ya en la sala, esperar con ansia la entrada del director para verlo después suspender la batuta en el aire y el arranque impetuoso de la orquesta; observar los vestuarios, las escenografías; admirar los inverosímiles agudos de las sopranos. Pero lo mejor era el éxtasis de la música, cerrar los ojos y dejarse llevar.

Pasaron algunos días, su madre (Reina, Regina) volvió a irrumpir en su cuarto:

—Ahora habló para invitarte a una velada, en uno de los salones, el próximo viernes.

—¿Quién? —preguntó ella, sabiendo perfectamente que era ese tal Zelig (qué nombre tan ridículo) del que hablaba.

—No te hagas... —dijo su madre.

—¿Una velada musical?

—Es el salón de Josephine Gomperz. —Ante la displicencia de Lily, añadió con cierta envidia—: Empiezan las celebraciones por el cambio de siglo. Va gente realmente importante, así que cambia la cara. ¿Has oído hablar de Schopenhauer, Freud, Schnitzler? Allí se discute de todo, se hace música y también se baila. Pero tú qué vas a saber si eres casi una niña. Como sea, si te decides, te acompañaría Grete.

Tal vez mato dos pájaros de un solo tiro, pensó Regina, y *salen las dos casadas*.

Lily ya no pudo resistirse:

—¿Me invitan a tocar? —preguntó.

Su madre salió del cuarto encogiéndose de hombros, como diciendo *no sé*. Esa muchacha la desesperaba.

¡Un salón! Había escuchado hablar de esos lugares donde se congregaba gente increíble a hablar de lo que

realmente valía la pena, no de bodas y vestidos, sino de arte, ciencia, música, poesía. Asuntos bellos, serios, importantes. Y lo mejor: por primera vez, la invitaban a ella, no con sus padres o la familia: a ella.

Grete aceptó acompañarla, encantada. Tal vez había llegado su momento de brillar en sociedad. Recordó cuando Vronski invita a bailar a Anna Karenina y toda la sociedad queda impresionada por su magnetismo. Se arregló con esmero. En cambio, Lily se puso un vestido sencillo y casi nada de joyas. No quería verse ostentosa. Pidieron un carro y se fueron a conquistar la noche.

Al llegar, se les cortó el aire. Al final de un jardín aparecía un verdadero palacio. El Hauser Palais parecía una choza a su lado. Se hicieron anunciar y, como por encanto, apareció Zelig.

—Al fin nos presentamos. Se me andaba escapando. Toca usted el piano maravillosamente, Lily. Señorita... encantado —agregó, dirigiéndose a su hermana, y a ambas les besó la mano.

Grete estaba maravillada. Entre los muchos hombres de etiqueta buscó a su Vronski y se decepcionó al ver que la mayoría eran de la edad de su padre. Lily, por su parte, empezó a sentirse nerviosa. ¿Quién era Zelig? ¿Qué quería de ella? ¿Qué hacían allí? Pero el salón estaba lleno y las cautivó. Se les olvidó pensar. Mujeres sofisticadas, matronas enojadas, hombres de aspecto intelectual. Distinguieron rostros conocidos: poetas, músicos, escritores, algún amigo de sus padres y cuchicheaban sus nombres. Zelig, todo el tiempo cerca de ellas, no dejaba de presentarlas.

—Son las hijas de Leopold y Regina Hauser. Grete es una belleza; Lily, una maravilla en el piano.

El espíritu de Viena permeaba el aire. Música ligera, sonrisas y una tristeza que nadie nombraba. Lily empezó a sentir una euforia que recorría su cuerpo. Cuando Zelig la sacó a bailar, se dejó hacer. Grete, con gracia, dominaba todos los estilos: se divirtió con la alegría de la polca, la mazurca la hizo ver aún más elegante y el vals... lo era todo y se dejó llevar por su compás girando. Eso era Viena, había que vivir el momento. Las nubes de tormenta estaban lejanas.

Alguien se paró a pedir silencio y llegó la hora de los discursos. Primero se puso de pie una mujer vestida de hombre, peinada *a la garçon*. Grete y Lily se dieron un codazo:

—No trae corsé —dijo Grete por lo bajo, y las dos ahogaron una risa. Como sea, sin proponérselo, olfatearon un futuro en el que las mujeres no sólo se vestirían sin esas horribles varillas enterradas en la espalda, sino que podrían vivir como les diera la gana. No en vano esa mujer —tan distinta a su madre— habló de emancipación y de la “nueva Eva”, y varias entre el público la interrumpieron con aplausos.

Con pantalón corto de bachiller y quitándose el pelo que le caía sobre la cara, Hugo von Hofmannsthal, el más bello de los poetas, se paró a recitar sus versos:

¡Este arte es tremendo! Hilo desde mi cuerpo el hilo, y este hilo es al mismo tiempo también mi camino a través del aire.¹

¿Cómo podían salir esas palabras de alguien tan joven? ¿Dónde las tendría guardadas? A las dos hermanas las ma-

¹ Von Hofmannsthal, Hugo. *La carta de Lord Chandos*, 1902.

nos le picaban de tanto aplaudir. En medio de su arrebato, Lily no supo ni a qué hora Zelig se acercó a ella, la tomó de la mano y la llevó hasta el estrado. El instrumento estaba allí, esperándola.

—Les presento a Lily —dijo Zelig—. Ella toca el piano.

Y la dejó sola en el escenario. Lily le pidió auxilio con la mirada y chocó con su sonrisa. Las teclas la llamaron y con los primeros acordes se borró el mundo. Quién sabe de dónde viene un don. ¿Alguien decide otorgarlo? Ya después, en medio de los aplausos y los abrazos de tantos desconocidos, uno se presentó:

—Soy Ludwig, el hermano de Zelig.

Cómo imaginar en ese feliz momento lo que la vida les tenía deparado.

—¡Encantada! ¡Se parecen tanto!

Él se rio y se fue a seguir bailando, con Grete esta vez.

—Es un prodigio tu hermana —le susurró al oído.

Grete asintió con una sonrisa pero, por un momento, una punzada de envidia le amargó la velada. *No seas tonta*, se dijo, *en bailar nadie me iguala*. Volteó a ver a Ludwig. ¿Podría ser su Vronski? No. Mejor siguió girando con la música.

La vida de Lily, en cambio, no fue la misma a partir de esa noche. Volvió seguido a los salones, siempre con Grete que insistía en acompañarla. En cada ocasión le pedían que tocara y Zelig estaba allí, esperándola. Como en un ritual, la tomaba de la mano para subirla al estrado. En esos días parecía que el mundo bailaba. ¿Era eso ser feliz?

A partir de ahí se vieron una tarde por semana, para contarse sus cosas. Lily no tenía mucho que decir. Sus años

eran pocos y la vida buena con ella. Podía hablar de sus hermanos, de su padre dueño de un emporio, de su madre generosa pero autoritaria. Le contó de su casa con muchos cuartos y de la canastita donde su Regina guardaba las llaves para que nadie del servicio le robara.

Zelig era médico de señoras. ¿Cuántas mujeres habría visto desnudas? Salía corriendo en la madrugada a recibir algún bebé y, al verse, le contaba con una chispa en los ojos los detalles. Con un hombre así, estaría en buenas manos. Se veían en el salón, para dar algún paseo o iban a tomar el té y un helado. Para que él no se propasara, siempre Grete los acompañaba un poco de mala gana. Una cosa era ir a los salones, otra aburrirse con los enamorados. Aunque su madre tomaba esas precauciones, les insistía a las hermanas:

—La virginidad es una joya preciosa, cuídenla mucho —y agregaba riéndose—, pero si la pierden no se hagan mala sangre.

A Lily sus comentarios procaces le molestaban. Ella no la iba a perder, tenía planeado llegar virgen al matrimonio. De todos modos, Zelig era respetuoso, no parecía querer avanzar mucho. Un beso en la boca, discreto, y se retiraba. Ponía suavemente la mano sobre su pecho, pero sin intentar abrir su blusa ni apretarla. Lily se dejaba.

Regina preparó el casamiento, no se olvidó de nada. Tenía experiencia con tantas hijas... Esa noche se sintió aliviada. Sólo faltaba Grete y todo había salido bien. Todo, menos la noche de bodas. Después de mucho bailar y mucho tomar, Zelig llegó al cuarto y se durmió como un tronco, antes la abrazó y farfulló algunas palabras. Lily se quedó mirándolo. No era feo, tampoco tan guapo, pero agradable; alto, delgado, de pelo ondulado. Su marido.

Se acomodó como pudo, nunca había dormido con nadie. En su cabeza daban vueltas las imágenes de ese día: los dos bajo la jupá —el dosel nupcial—, la copa rota, su padre y ella bailando. Los abrazos. Ludwig, su cuñado, volvía a su mente una y otra vez:

—¿Lo pensaste bien? No sabes en la que te metes —le había dicho al oído, soltando una carcajada. Ella se deshizo de sus brazos, estaba enamorada.

A la mañana siguiente, hicieron por fin el amor. Él fue cortés, elegante y delicado, así como sabía ser. No la lastimó, casi no le dolió. Hubieran podido mostrar las sábanas ensangrentadas, pero eso a quién le importaba. Después se durmió, igual que la noche anterior. Lily otra vez abrió sus grandes ojos: *¿Eso es todo?*, pensó, pero puso buena cara.

Unos días después, volvieron a hacer el amor y al fin, por esa vez, se encendió la magia. Él estaba contento, Lily también y se durmieron abrazados. Volvieron a los salones, ella a tocar el piano. Él la llevaba con firmeza hasta el escenario. Su sueño ahora era pertenecer a una orquesta, en un gran teatro. No era fácil en ese mundo de hombres, pero sí posible. Se lo contó a Zelig:

—Lo vas a lograr —dijo él con sus dientes brillantes.

Era tan bueno, lo quería tanto. En sus noches no había pasión, pero sí buenas charlas y lo adoraba. Ya habría tiempo...

Empezó a ir a complicadas audiciones y siempre destacaba. Un día, en el que todo salió mejor que nunca, pasó a comprar un vino y buenos quesos. Seguramente pronto habría algo que festejar. Llegó temprano a casa cargada con sus tesoros y gritó:

—¡Zelig, ya llegué! ¡Me fue muy bien!

Se abrió la puerta de su cuarto, despacio, y él salió medio dormido. Detrás, un muchacho joven, despeinado, que se fue en silencio, con cara de susto. Ella se quedó mirando, la boca abierta. No necesitó más explicaciones. Todo se le hizo claro de repente: las noches frías en la cama, la falta de ganas, pero, sobre todo, el comentario de Ludwig el día de la boda.

¿Cómo no se había dado cuenta? Qué tonta había sido sintiendo celos de sus pacientes, de sus hermanas. ¿Y él? La quería, sí, incluso la admiraba, pero entre ellos el amor carnal era una ficción. No sentía deseo. *¿Para qué haberse casado?*, se preguntó. Tal vez por las apariencias, quién sabe. Él se fue al sillón a leer, no dijeron nada.

Dejó de ir a las audiciones. Tocaba sola, en su casa, para ella. A partir de esa noche, durmieron en cuartos separados. No se llevaban mal, parecían hermanos. Él volvía tarde por la noche, oliendo a tabaco, a alcohol, a desvelada. ¿A quién contarle? Lily tocó el timbre en casa de Ludwig. Lo abrazó llorando:

—No supe como decírtelo. Perdona —le dijo él.

Así se quedaron un rato, en medio de un vendaval.

En el Hauser Palais, metida en la cama, Regina resolvía un crucigrama. *Ya sólo me falta Grete*, pensó antes de apagar la luz.

Trapeando el piso

Estaba anocheciendo cuando Max y Alfred tocaron a la puerta del tío Mosche. Tres días les tomó llegar a Viena, con el estómago atenazado por el miedo a no poder pasar los retenes entre un territorio y otro del imperio. Por fin lo lograron. Las premonitorias palabras de Mosche, “así sabrás lo que te espera al llegar a la capital”, se repetían una y otra vez en la cabeza de Alfred, que no dejaba de sobar en su bolsillo la tarjeta que el tío le había dado con su dirección; era su amuleto, su brújula, su esperanza.

Al llegar, ese mítico lugar llamado Viena rebasó sus expectativas. Cómo hubieran podido concebirla desde la pequeñez de su pueblo, esa ciudad parecía superar la majestuosidad del mismísimo templo de Jerusalén, sobre el que tanto habían leído en el *schule*. También se impresionaron con la población de todo tipo que caminaba por las calles, venidos de los rincones más lejanos: Bohemia, Ucrania, Hungría, Silesia. Era una ciudad de inmigrantes.

Pero entre tantos palacios y monumentos, ¿dónde podría quedar la modesta casa de su tío? Primero buscaron en las zonas más céntricas, allí donde se habían bajado del tren. No tenían un mapa que los orientara y se sintieron invisibles; mejor dicho, apestados: nadie volteaba a verlos. Pero cuando alguna mirada amistosa se cruzaba en el camino, Alfred, en su escaso alemán mezclado con *yiddish*,

no dudaba en pedir indicaciones, mostrando la dirección en el ya ajado pedazo de cartón.

Así se fueron alejando de los barrios centrales y del reluciente Ring, la avenida circular situada en el lugar de la antigua muralla de Viena. Se dirigieron a la zona obrera, Ottagrung, en el distrito 14, donde la ciudad se confundía con los pinos. Como fuera, en esa parte se sintieron más cómodos. Los niños jugando a la pelota les recordaron su pueblo. Todavía no se encendían las farolas cuando encontraron la calle y el número les mostró un edificio destaralado, subdividido en múltiples departamentos. Sí, allí tenía que ser... Subieron a grandes pasos la empinada escalera, el olor a col inundaba todo y se acordaron de que tenían hambre. Gritos, bebés llorando, alguna perdida nota musical vibrando en el aire.

Departamento cinco, decía la tarjeta. Se miraron emocionados. La puerta verde y descascarada, ésa era. Alfred dio tres discretos toquidos. Esperaron. Nada. Otra vez, ahora más fuerte. Otra.

—¡Tío Mosche! —gritaron.

Nadie les respondió. Del departamento vecino se asomó un hombre de aspecto discreto:

—No está. Hace dos semanas que no lo veo.

—¿Sabe cuándo vuelve?

—Desaparece por meses, durante los cuales ni siquiera paga. O la dueña se lo tira o le tiene miedo —dijo riéndose de su propio chiste—. Paisanos, ¿verdad? —agregó barriéndolos con la mirada.

No se molestaron en contestar. Estaban desconcertados. Recordaban que el tío planeaba regresar la misma noche y ellos habían necesitado varios días para llegar a la ciudad.

¿Dónde andaría? Habían imaginado un recibimiento amoroso, una sopa de betabel, un colchón improvisado en la sala. Ahora tendrían que buscar un lugar para quedarse, difícil tarea con los bolsillos casi vacíos. Era ya de noche y no se veía ninguna clase de posada en los alrededores.

Sus pasos los llevaron de regreso al centro. Por suerte, en el verano acostumbraban dormir a la intemperie. Su padre les había enseñado a disfrutar del rocío y del canto de los grillos cuando hacían alguna excursión por el bosque, así que se acomodaron en una banca del Volksgarten, suspirando. Sin importarle el agujero en el estómago, Alfred se durmió enseguida, estaba molido. Max, despierto, lamentó su suerte. ¿En qué momento había decidido apoyar a su hermano en esta locura?

Al amanecer, los despertó un policía:

—Está prohibido dormir aquí. Si no tienen adónde ir, vayan a algún albergue.

Asustados, tomaron sus cosas y caminaron sin rumbo, en silencio. A Max se le estaban atragantando los reclamos; sin embargo, dijo:

—Busquemos un café. Necesitamos tomar algo caliente.

Eso no era difícil en Viena, había uno en cada cuadra, así que se metieron en el más modesto que se cruzó en su camino. No se parecía en nada a los elegantes cafés del centro, con su piso de ladrillo y su poca luz; todavía olía a vino de la noche anterior y algún borrachito dormía la mona sobre su mesa. Así que nadie se sorprendió de que pidieran una salchicha y —después de preguntar si no era de cerdo—, se la devoraron; también un chocolate caliente con un pedazo de torta que con sabor a gloria, pese a que la crema

estaba un poco rancia. Contaron por milésima vez sus monedas. Con su escaso capital, necesitaban con urgencia un trabajo. A la hora de pagar, Max le preguntó al mesero:

—¿Sabrá de algún lugar barato donde quedarse?

Siguiendo su consejo, se dirigieron al albergue situado junto a una iglesia evangélica luterana en el distrito obrero de Brigittenau. Allí podrían pasar unos días, incluso semanas sin pagar, pensaron.

Vieron la punta del campanario y, junto a él, un amplio edificio del que se desprendía una larga fila. Se formaron resignados y, al llegar al mostrador, un hombre joven —aparentemente un pastor— los atendió. Atrás suyo un retrato del emperador Francisco José los observaba severamente en su traje de gala de color blanco.

—Edad.

Diecisiete y diecinueve contestaron.

—¿Ocupación?

Se miraron. ¿Podrían decir que iban al *schule* a estudiar la Torá? Mejor dijeron que eran campesinos.

—¿De dónde vienen?

—De Raudnitz, en Bohemia. ¿Conoce? —intentó ser comunicativo Alfred.

La respuesta fue un seco:

—No. ¿Qué hacen aquí?

—Buscamos trabajo.

—Conseguir trabajo... Mañana tendrán que bañarse, de por sí esto es un nido de piojos. Y trabajar para pagar el servicio.

—Sí, señor.

—Bienvenidos. Su presencia nos hace estar más cerca de Dios y el justo por la fe vivirá —dijo como recitando

una letanía—. Pero, la próxima vez, busquen un albergue de su comunidad.

—Es una mitzvá —susurró Max.

—No le entendí —dijo el señor.

—Ayudar al necesitado es un mandamiento sagrado.

—Ah. —Fue la lacónica respuesta—. Se pueden quedar por esta noche.

—¿No podemos quedarnos más noches? —preguntó el preocupado Alfred.

—Sí, si alcanzan lugar, pero tienen que volver a formarse cada día. Ocupen las literas 24 y 25. Si salen, recuerden que a las seis se cierra y, aunque se cuelguen del timbre, nadie les va a abrir. ¡El que sigue!

Sólo por una noche había dicho.

—Algo es algo —dijo Alfred, tratando de ser optimista.

Entraron en el amplio galerón; un olor agrio les golpeó la cara. En efecto, ahí estaban las camas, una junto a otra, eran muchas, un mar. Buscaron los números que les habían indicado. En el camino se fueron tropezando con la fauna variopinta que habitaba ese lugar: algún borracho durmiendo la mona, un señorito con un libro, otro quitándose los piojos, algún gimnasta haciendo abdominales colgado entre dos camas. Llegaron al fin a sus camas, una arriba de la otra. Como si fueran dos niños, por un instante discutieron quién iba a ocupar la de arriba. Ganó Max y se trepó, triunfal. Cada una tenía una frazada, nada más, probablemente llena de liendres. Se les bajó la euforia.

Aunque la mala noche pasada en el parque les pedía una siesta, prefirieron salir, no sin antes coser su poco dinero a la ropa interior. Alfred escondió bajo el colchón sus

tres tesoros: la Biblia, el *Fausto* de Goethe y el diario, regalo de su tío Mosche. Ojalá nadie los descubriera.

Salieron a la calle. Los sorprendió el brillo del sol y decidieron dirigirse otra vez hacia el centro, en busca de trabajo. ¿Qué podrían hacer?, se preguntaban, mientras la gente pasaba a su lado apurada, casi empujándolos. ¿Eso era la ciudad? Tal vez despachar en una tienda, ser cargadores, jardineros, obreros. Alfred tenía en mente su deseo secreto: escribir para un periódico. No sabía cómo, pero lo iba a lograr.

En una ferretería, un cartel pegado en el cristal rezaba: hay vacantes. Entraron con timidez.

—Venimos por el puesto —dijo Max.

El dueño los miró de arriba a abajo:

—¿Los dos?

—Es que ahí dice... —alcanzó a decir Alfred.

—Váyanse. —Se dirigieron otra vez hacia la calle. No iba a ser fácil—. Si quieren conseguir trabajo, mejor vístanse como gente decente.

Voltearon a ver sus prendas: el abrigo y el sombrero negros y, debajo, la kipá tejida por su madre; sintieron el peso de la barba y el cabello largo. Se vieron a los ojos y, sin decir nada, supieron que sus caminos iban a ser opuestos. Max dijo:

—Es viernes, voy al templo. Tal vez haya alguno cerca.

—Estoy muy cansado —mintió Alfred—. Te espero en el albergue.

Se fue caminando rápido, silbando bajito. Un rato antes había visto una tienda de cachivaches, cosas usadas. La campanita sonó y, al fondo, vio el perchero atiborrado de ropa vieja. Se abalanzó para buscar un chaleco, un

saco, un pantalón, una camisa. *Nada negro*, pensó, *todo de color*. El pantalón fue gris, el saco azul marino, el chaleco tejido en verde oscuro, una gorra liviana. El pantalón era un poco grande; el saco, apretado; las mangas de la camisa, cortas para sus largos brazos, pero, sin dudarlo, descosió el calzoncillo justo en el lugar donde había guardado el dinero. Rezó para que le alcanzara. Dios debió escucharlo, porque hasta le sobraron algunos florines. En una bolsa de papel guardó su antigua vestimenta; sólo conservó puestos los calzoncillos, sus calcetines agujereados y los zapatos. No quiso desprenderse de la kipá y la puso en un bolsillo. Escondió su pelo largo adentro del gorro y salió a caminar con su identidad recién estrenada, sintiéndose igual a los demás. *Ahora sí tengo que encontrar trabajo*, pensó.

Cuando llegó al albergue, era la hora de la cena. En el comedor en penumbra, cada uno se acomodaba como podía con su plato de gachas aguadas y con un cierto olor rancio. Alfred no había comido nada desde la mañana, así que no le importó. Ya sin hambre, el olor se le hizo más intenso y el asco también. Cada cucharada significaba un esfuerzo. Se oían conversaciones aisladas y Alfred comenzó a charlar con un hombre mayor que estaba junto a él.

—¿Por qué está aquí? ¿No consigue trabajo?

Alfred hizo a un lado su plato, disponiéndose a escuchar. El hombre lo miró con avidez.

— ¿No se lo va a acabar?

—No, ya estoy satisfecho.

—¿Me permite? —dijo señalándolo.

—Sí, pero cuénteme, ¿por qué ya no tiene trabajo?
—insistió Alfred, mientras el otro se devoraba sus sobras.

—Supongo que conoces los edificios del Ring. Allí trabajaba yo para un arquitecto famoso —dijo con orgullo—. Me especializaba en la construcción de escaleras. Era pesado, pero quedaban tan hermosas, enroscadas como caracoles. Un trabajo de diez horas al día, siete días a la semana. Era duro, pero me hacía feliz.

—¿Y qué pasó?

—Un día, cuando hacíamos el Palacio Ephrussi, me salió una bola aquí —dijo señalándose el abdomen—, y tuve un dolor muy fuerte. Una hernia, la llaman. En el hospital me la quitaron, pero después de eso ya no aguantaba cortar las pesadas losas de mármol blanco ni cargarlas, entonces me echaron a la calle. Duré un rato con mi cuarto, pero ya no pude pagar el alquiler, se me acabaron los ahorros; mi mujer me dejó, no la culpo. Empecé a tomar. No sé hacer otra cosa que cortar piedras para ganar dinero, así que aquí estoy, vivo todavía, aunque no sé para qué. Si un día pasas por ahí, acuérdate de mí, yo puse cada escalón.

Alfred sintió que su oído se hacía más fino. Hubiera querido quedarse conversando hasta conocer los mínimos detalles de esa vida.

—Gracias, eh. Estuvieron buenas tus gachas, mejores que las mías —dijo el hombre riéndose y se alejó.

Alfred levantó la vista y vio a todos esos seres sin casa, comiendo en silencio esa asquerosa comida. ¿Qué historia podría contar cada uno? De pronto, dentro de él, se encendió una chispa. Según había visto en el ejemplar del *Di arbeitsstunde* que le había regalado su tío, en los periódicos había información sobre gente importante, guerras, accidentes, delitos. ¿No sería interesante conocer esas vidas anónimas? ¿No podría ser él quien escribiera

artículos sobre los menesterosos para que se publicaran en un diario? Se sintió ridículo. Quién se creía para tener esas fantasías, apenas un muchacho inexperto, llegado de una aldea lejana.

—¿Hay alguien aquí? —una voz interrumpió sus pensamientos, señalando el lugar que había dejado el viejo.

—No, ya se fue.

De pronto voltearon al unísono. ¡Pero si era Max!

—¡Max! No te reconocí en esta penumbra.

—Yo tampoco —contestó riéndose—. ¿Cenaste? Se ve bastante horrible.

—Está bastante horrible, no me lo pude acabar.

Los ojos de Max se fueron acostumbrando a la oscuridad.

—¿Y tu ropa? ¿Qué haces vestido así?

—Me probé esto en una tienda y ya no me lo quité. Pensaba usarlo para ir a buscar trabajo y ahora olvidé cambiarme —mintió.

—No estoy hablando de eso —contestó Max, a punto de explotar—, y lo sabes. No es verdad que pensabas usar esa ropa sólo para conseguir empleo. Somos quienes somos, aunque nos vistamos como ellos; no reniegues de tu origen. Y lo que me duele es que tomaste la decisión sin avisarme. Me has desilusionado.

Dejó el plato con el horrible pastiche en cualquier lado y se paró.

—Max, ¿adónde vas?

—Me vuelvo a casa. No me siento bien con lo que estamos haciendo. Por lo menos, quiero mirar a papá a la cara. Y tú te mueres por cambiar de vida, por probar el fruto prohibido; de hecho, ya lo hiciste desde que empe-

zaste a leer esos libros. Te acompañé porque no quería perderte; mejor dicho, no quería que te perdieras. Sin embargo, veo que ya tomaste tu decisión, pero yo también la mía. Espero que nos volvamos a ver algún día.

—¡No te vayas! Me malinterpretaste. No era esa mi intención, perdón... Es de noche, espera a mañana al menos. Con luz las cosas se ven diferentes.

Pero por más que corrió detrás de él, Max lo dejó en medio de la calle. Alfred volvió rápido al albergue, no podía insistirle más; tuvo miedo de que le cerraran la puerta en la cara y no quería pasar la noche a la intemperie. ¿Qué le estaba pasando? No lo sabía muy bien, pero ya no podía abandonar el camino que había empezado a recorrer. Había logrado llegar a Viena, empresa que hacía unos días le hubiera parecido imposible y allí se iba a quedar, al menos por un tiempo. Ya estaba extrañando a su padre y a Rivke, y lo mismo le iba a pasar con Max; pero también se dio cuenta de que para enfrentar sus propios demonios no necesitaba compañía. Ya habría tiempo de volver, de abrazarlos y pedir perdón.

Se metió en su litera y se tapó con la dudosa cobija, sin hacer caso a las conversaciones, movimientos y olores a su alrededor. Los pensamientos no le paraban, parecían ardillas recorriendo un árbol frondoso. Lo único claro era que no iba a ser un indigente. Sacó su Goethe de abajo del colchón. “Sólo hay dos legados duraderos que podemos dejar a nuestros hijos: las raíces y las alas”. Leyendo esa frase, se durmió abrazado a su libro. Tal vez le ayudaría a resolver sus dudas en sueños.

Muy temprano lo despertaron y le asignaron una tarea como pago por la noche de alojamiento. A Alfred le tocó

trapear el dormitorio. No estaba tan mal o, en todo caso, mejor que las letrinas. Después lo invitaron a tomar un baño, fue la peor parte; se formaban frente a la tina y uno a uno se metían en la misma agua. El que estaba antes que él tenía unas costras repulsivas. Eso lo convenció de irse, ya no aguantaría un día más, mejor el parque. Pero antes, con un cuchillo que pidió en la cocina, se cortó su pelo largo, con decisión, casi con rabia, sin pensar. Cayeron los mechones sobre el mosaico blanco, sus rulos dorados. Ahora sí, ya no había marcha atrás, podría perderse entre la multitud, hacerse invisible. Se dirigió a la salida.

¿Adónde ir? Decidió caminar hacia el centro, pero justo a media calle se topó con la carreta de una mudanza de donde descargaban muebles para llevarlos hasta la casa pegada a la iglesia. Una chica se empeñaba en arrastrar una caja, mientras dirigía la operación.

—Le puedo ayudar, señorita.

—Creo que sí —contestó riéndose—, no la aguanto.

Alfred la cargó sin mayor problema, no pesaba tanto.

—Adónde la llevo.

—Aquí adentro, nos estamos mudando.

Al entrar se extrañó de ver a un niño con una falda roja, pero no dijo nada. Ella notó su sorpresa y soltó una pequeña risa.

—Es Rupert, mi hermanito.

Alfred asintió y se dirigió al rincón donde se acumulaban otras cajas.

—Aquí la pongo. ¿Quiere que traiga más?

—¡Gracias! Si no le importa... ¡Papá! Estamos aquí abajo —gritó mirando hacia arriba—. Mi padre es el nuevo pastor —agregó orgullosa—. Todo el mundo anda

muy ocupado en estos días, parece que me van a dejar sola con todo este tiradero. Y mi madre todavía está levantando nuestra vieja casa.

—Yo tengo tiempo —dijo él.

Se dirigieron otra vez a la calle y entre los dos fueron metiendo las cajas que ella consideraba más delicadas. Las otras podían esperar. Lo primero que hizo fue sacar una rústica cruz de madera y ponerla sobre la repisa de la chimenea.

—El justo vivirá por la fe —susurró mientras lo hacía.

Y le sonrió con sus dientes grandes. Él se puso rojo y prefirió concentrarse en el trabajo. No habría sabido qué contestar si alguien le hubiera preguntado cómo era ella o cuál era su nombre. Pero se llamaba Sofie, tendría unos quince años y su actividad era tan febril que parecía un abejorro. Los ojos marrones como dos canicas resaltaban en su carita redonda y su sonrisa era amplia. La cintura, un poco ancha, denotaba su debilidad por los pasteles; al prepararlos, no podía evitar hundir el dedo en la masa de chocolate, ni tampoco comerse las deliciosas galletas, recién salidas del horno, que se vendían como pan caliente con el fin de obtener fondos para su iglesia.

Ser hija del pastor no era fácil: los ojos del mundo parecían clavados en su familia. Se esperaba de ella un comportamiento ejemplar. Dios parecía ser un habitante más de esa casa, regulando sus vidas, señalando los pecados, el castigo y la confesión. Pocas veces se hablaba de amor. Su madre era una mujer dura. Había perdido a dos de sus hijos. El primogénito, su adoración, muerto por las altas fiebres a los dos años, justo en el momento en que sus pasos eran titubeantes y aprendía a decir las primeras pala-

bras. La segunda no había sobrevivido al parto. Tal vez por eso la madre se vestía siempre de negro, sólo el delantal era azul con rayas blancas.

Dos hermanos quedaron, pero no por eso el trato se endulzó. La educación era cosa férrea. Cualquier falta cometida, merecía un castigo. Si era pequeña, al pecador se le aplicaba solamente la ley del hielo; por días, nadie le dirigía la palabra. Si cachaban a Sofie devorando a escondidas los postres que ella misma hacía, se iba a dormir sin cenar. Cuando Rupert —el hermanito que Alfred había visto— eventualmente mojaba la cama, el castigo era usar una falda roja.

Sofie no soportaba el silencio que reinaba durante la cena, ya que era alegre y dicharachera por naturaleza. Pero los niños no tenían derecho a hablar y a veces irse a dormir sin comer representaba un alivio. En su cuarto, sola con sus fantasías, se sentía libre. Soñaba con hacer postres para la corte. Se imaginaba al emperador dándole una mordida a sus delicias, las migajas cayendo sobre su impecable uniforme blanco. Intrigado, preguntaría el nombre de la cocinera y la llevarían a palacio en una carroza. Volvería cargada de regalos, y a sus padres, sorprendidos, se les haría imposible castigarla. Entonces, la emperatriz le pediría que se fuera a vivir a Schönbrunn —el palacio imperial— y ella sólo aceptaría con la condición de llevarse a Rupert su hermano.

Suspiraba Sofie ilusionada; pero, por lo pronto, no había más que conformarse con sus obligaciones cotidianas: hacer galletas para Navidad, hornear el pan y preparar pasteles para la comunidad.

Ella volteó a ver a su nuevo amigo y, disgustada, se golpeó la frente:

—Qué tonta soy, no le he ofrecido nada. Ayer hice una *sacher* que, ya verá usted, me quedan muy buenas.

Sin esperar la respuesta, volvió con un té, que había hecho quién sabe cómo en la desarmada cocina, y un trozo de pastel. A Alfred se le deshizo en la boca. Aquello era una delicia, sobre todo después de las gachas del día anterior.

—¿Y? —preguntó ella, mientras él se lo devoraba—. ¿Otro pedazo? —se rio, al tiempo que lo cortaba—. Pero qué tonta soy. —Parecía que esa era su muletilla al hablar—. Yo soy Sofie, ¿usted cómo se llama?

Cuando Alfred iba a abrir la boca para contestar, una carreta llena de cachivaches se paró frente a la puerta; de ella se bajó la madre, junto con cinco chicos fortachones, dispuestos a trabajar.

—¡Ya llegamos!

—¡Qué bueno, era demasiado para nosotros dos! Mira, mamá, él es...

Volteó para presentar al muchacho, pero se había esfumado.

—Qué raro...

—¿A quién me ibas a presentar?

—A un joven, me estuvo ayudando —contestó la intrigada muchacha.

—Bueno, bueno, a trabajar —dijo la madre dando vuelta a la página.

—Hasta se devoró mi *sacher*...

Sofie volteó una vez más, pero definitivamente el chico había desaparecido. Qué extraño.

Alfred ya iba unas cuadras adelante. No tenía nada que hacer allí, aunque el pastel bien había valido la pena y la muchacha era muy simpática. ¿Cuál era su nombre? Qué importaba, lo único que le tocaba hacer ese día era conseguir trabajo y, ya con algún ingreso asegurado, aunque fuera modesto, buscar una pensión. Eran casi las doce y si no se apuraba iba a tener que volver al albergue, o buscar otro.

Sumido en sus pensamientos, caminaba distraído. Le llamaban la atención las vidrieras. Una sombrerería, por ejemplo. Hermosas piezas de fieltro, qué elegante se vería con algo así. Los precios le daban vértigo. ¿Podía alguien pagar esas cantidades? Lo sorprendió la belleza de un puesto de flores: rosas, lavandas y crisantemos reunidos en precioso ramo. Aunque recordó más bella la silvestre combinación de flores que juntaba en la pradera para su madre, cómo la extrañó de pronto. En la siguiente vitrina, una zapatería, vio elegantes polainas, botas de media caña, de cuero suave. Se avergonzó de los suyos, polvosos y agujereados.

Se sentó un momento en un escalón para ordenar sus pensamientos. Como otras veces, abrió el periódico que le había regalado su tío, como buscando una solución a sus problemas. Nada nuevo encontraría allí, lo había leído tantas veces. Pero, de repente, en un pequeño cuadrado que no había llamado su atención, descubrió la dirección de la imprenta y tuvo una corazonada. ¡Allí tenía que ir!

Un policía le explicó que era lejos, en Leopoldstadt, el barrio judío, pero podía acortar la distancia tomando un tranvía. No le fue difícil llegar; en un edificio decadente, en el tercer piso, una placa oxidada anunciaba: *Tiempo de*

los trabajadores. Nervioso, tocó el timbre. Le abrió un chico más joven que él, con pinta de buena gente que, sin embargo, le cerró la puerta en la cara:

—Aquí no compramos nada.

—No soy vendedor, vengo de mi aldea, en Bohemia. Necesito trabajo.

—No hay trabajo.

Por arriba de su hombro, Alfred alcanzó a ver a tres hombres que escribían afanosamente, fumando y tomando café. En un rincón, una muchacha tecleaba inclinada sobre un artefacto extraño que le recordó la máquina de coser de su madre.

—¿Quién es? —alcanzó a preguntar uno sin voltear, concentrado en su trabajo.

—Nadie —dijo el chico.

—Señor, disculpe —empezó a hablar Alfred ansiosamente—, vengo de Bohemia y no conozco a nadie en la ciudad. No tengo dónde dormir esta noche. Vine sin el permiso de mi padre. Ahora que estoy aquí no sé qué hacer. Aunque sea, oriénteme. Yo quiero ser periodista.

Eso que tanto había soñado en secreto, salió a borbotones y él mismo se sorprendió de su elocuencia.

—¿Ve? No es nadie —dijo el chico.

El hombre soltó una risotada.

—Ya, déjalo en paz. Cállate, Ulises.

—¿Quién? Yo soy Rubén.

—Ya lo sé —contestó volteando—, pero cuando Ulises quiere engañar a Polifemo...

La risa era inconfundible.

—¿Tío Mosche? —Alfred no podía creer lo que veía.

—¿Alfred?

El tío casi tira el escritorio y una silla se cayó en el camino, tan fuerte fue el abrazo.

—¿Por qué no me avisaste que venías, muchacho tonto?

—Fuimos a verte, pero no estabas.

—¿Fuimos? ¿Con quién viniste?

—Es una larga historia. Con Max, pero se enojó y se fue.

—Me hubieras mandado un telegrama.

—Todo sucedió muy rápido.

—¿Y esa ropa? ¿Qué pasó con tu pelo? Mejor ni me digas.

Otro abrazo lo dejó sin aire. Los demás se pararon de sus sillas con el alboroto. ¿Quién era ese muchacho?

—Es mi sobrino, hijo de mi hermana que en paz descanse. Yo bromeé contigo, cuando fui a visitarlos. Te dije que nos veríamos en Viena, pero no imaginé que me ibas a tomar tan en serio. Tu padre me va a matar. Miren nada más, se vino para aquí como un loco desesperado. ¿Tan aburrido era allá? —volvió a reírse—. Lo primero va a ser avisarle a tu papá. Yo le mando un telegrama para decirle que estás aquí para que se quede tranquilo, debe estar muy preocupado. Y tú le vas a escribir una carta por semana. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Alfred apenado.

—Aquí puedes trabajar. No sé si te desilusiones, pero primero vas a tener que aprender a manejar el trapeador. Este lugar es un desastre. Después hablamos de periodismo.

Alfred suspiró y se dispuso a trapear el piso por segunda vez en el día, pero no le importó. Al fin había llegado a su destino.